



**Francisco Romero**

## **Al margen de La Rebelión de las Masas**

El nuevo libro de don José Ortega y Gasset nos toca de cerca por más de un respecto -aparte de importarnos ya tanto cuanto en general concierne a su pensamiento y aun a su persona. Ortega debe a la Argentina el estímulo que para un pensador de su envergadura significa el conocimiento directo y cordial de una estructura social donde se dan fenómenos de índole y ritmo tan distintos de los de su patria. Nosotros debemos a Ortega una preocupación intensa y constante, una mirada vigilante que no nos pierde de vista, y un puñado de palabras agudas y veraces. La Argentina, conviene recordarlo, está acostumbrada a que el extranjero notable se expida sobre ella, y ya sabemos lo que en casi todos los casos valen estas opiniones: un poco menos de lo que nos cuestan; con lo que la deuda queda generosamente saldada. Es éste uno de los artículos de importación que más caros paga el país, artículo de lujo del cual la vanidad nacional hace buen consumo y al que habrá que aplicar alguna vez el impuesto correspondiente. Cierta desorientación o sorpresa causada aquí por algunas apreciaciones de Ortega, reconocen por causa que él no se atiene a las reglas tácitas de este tráfico habitual.

Dos circunstancias, por lo menos, aproximan especialmente

————— 193 —————

a nosotros el nuevo libro de Ortega y Gasset. En primer lugar, que parte de su contenido lo adelantó a su auditorio de «Los Amigos del Arte» en las inolvidables conferencias de 1928. En segundo término, que el fenómeno general que en él analiza, la irrupción del hombre medio en las altas zonas sociales, en su opinión el suceso más importante de la actual vida pública europea, es también, según él, «el hecho nativo, constitucional,

de América».

El libro es un diagnóstico de la vida europea de estos tiempos. El hombre medio, el hombre-masa, que antes se contentaba con su significación subalterna y aceptaba sin protesta las normas y mandamientos de los excelentes, no se satisface ya con su tradicional papel de comparsa y se convierte en protagonista del drama histórico, sin esforzarse en corregir su natural vulgaridad al ocupar los puestos de goce y comando. El hombre-masa, al pasar al primer plano histórico, impone su torpeza, su mediocridad, y la civilización de Occidente corre peligro de fracasar asfixiada por esta invasión vertical de bárbaros que se regodean con los productos y bienes de la cultura, pero que ignoran o desprecian la íntima esencia de esa cultura, sus principios supremos, las virtudes cardinales sobre las que reposa. El advenimiento de las masas está examinado por todos sus costados y en todas sus probables causas, y buen número de cuestiones marginales (americanización de Europa, decadencia europea, etc.), estrechamente ligadas al tema central, pero también de un gran interés por sí mismas, son consideradas también con la profundidad y novedad ingeniosa habituales en el pensador español.

Inútil sería recorrer aquí en detalle la argumentación de Ortega, densa de hechos y de meditaciones. Su riqueza de contenido, el apretado entrelazamiento de las cuestiones y el carácter

esencial que todas revisten a los fines del libro, se prestan mal al resumen en breve espacio. Indiquemos, sin embargo, a manera de sumario, la marcha de la exposición. Comienza con la descripción del «hecho de las aglomeraciones», la aparición de la muchedumbre en lugares que antes no frecuentaba, en los sitios de preferencia. La muchedumbre, la masa social, es uno de los componentes del todo social; el otro componente es la minoría. La distinción entre masa y minoría es fundamental para todo lo que sigue. Las masas no son para Ortega las masas obreras, como las minorías no son las altas clases sociales. Masa -creo que hubiera sido mejor decir siempre hombre-masa para evitar el equívoco- es el hombre medio, el que no se diferencia substancialmente de otros hombres, el que repite en sí el tipo genérico. La minoría la componen cuantos se apartan de la masa por motivos especiales; los hombres de minoría, antes de coincidir entre sí, disienten de la masa. «Masa es todo aquel que no se valora a sí mismo -en bien o en mal- por razones especiales, sino que se siente ‘como todo el mundo’ y, sin embargo, no se angustia, se siente a sabor al sentirse idéntico a los demás». El hombre selecto o de minoría no es el que se cree superior a los demás, sino el que se exige más que los demás. La división de la sociedad en masas y minorías selectas no coincide, pues, con la división en clases, aunque en las superiores, «cuando llegan a serlo y mientras lo fueron de verdad», abunde más que en las otras el hombre de minoría.

Tras la descripción general del fenómeno viene el análisis de sus dos aspectos: las masas disfrutan hoy de un nivel de vida que era anteriormente exclusivo de las minorías selectas, y se muestran rebeldes

al imperio o dirección de esas minorías, que

————— 195 —————

antes aceptaban. El ascenso del nivel vital tiene en Europa causas propias, y no significa, como algunos han creído, una americanización de la existencia europea.

El advenimiento de las masas responde a una subida del nivel histórico, a un acrecentamiento de la vida, a un desborde vital que rebosa de los viejos cauces; es síntoma de que el mundo, de diversas maneras, ha crecido. Ha crecido especialmente, porque ahora cada fragmento del planeta es en cierto modo el mismo y todos los demás, por obra de un complejo juego mundial de acciones y reacciones, y temporalmente, gracias a los horizontes remotos descubiertos por la prehistoria y la arqueología, vastamente difundidos por el cine y la revista. Aún más considerable es el crecimiento y aumento de las cosas, y, conjuntamente, de las posibilidades humanas. Las consideraciones de Ortega a este respecto, su dilucidación de lo que es en esencia la vida humana, a esta altura del libro y más adelante, son de un apasionante interés.

La potencia humana ha aumentado en proporción enorme, pero no sabe a qué aplicarse; de aquí un curioso estado de poder e inseguridad. La causa inmediata de esta subida del nivel histórico es el crecimiento de la población en Europa, que de 1800 a 1914 salta de 180 a 460 millones, alud de humanidad que invade el continente sin dar tiempo a saturarlo de la cultura tradicional. Pero tras esta causa inmediata hay otras más indirectas. Si ha sido posible tal exorbitante cosecha humana, fue porque la democracia liberal y la técnica, los dos resortes capitales del siglo XIX, le crearon antes la atmósfera favorable. La vida, que en las épocas anteriores era para el hombre medio siempre precaria, difícil, insegura, se le muestra en el siglo pasado llana,

————— 196 —————

fácil, ilimitada. Este hombre, liberado de la carga, de la limitación que era antes la existencia, toma por cosas naturales, por productos espontáneos los resultados del penoso esfuerzo que es la civilización, y adquiere la psicología del heredero, del niño mimado, su arbitrariedad, su irresponsabilidad. Utiliza la civilización sin sentirse solidario con ella, y se adelanta para reemplazar en su función directora a los selectos. Ortega nos recuerda aquí que no debemos entender por funciones directoras exclusiva o preferentemente las políticas, que son consecuencia de otras menos visibles, más íntimas y escondidas.

La manera de acción propia del hombre-masa es la acción directa. No se cree obligado a someterse a normas, a discutir principios, a tener razón. Ha suprimido la convivencia de cultura que era en lo político el liberalismo democrático, régimen de discusión y de respeto hacia el enemigo. El aplastamiento de las minorías es una de las consecuencias. Esta situación puede acarrear el mayor bien y el mayor mal; lleva dentro

al mismo tiempo posibilidades de triunfo y de muerte. Para darnos de cerca la impresión del peligro que acecha hoy a nuestra civilización, analiza Ortega la actitud de nuestros contemporáneos ante la ciencia y la técnica, y ante la cuestión política. Consiste esta actitud en un primitivismo, un simplismo elemental, que es índice de su incapacidad para entender y resolver los complejos problemas de la hora presente. En política, las dos grandes experiencias del tiempo, fascismo y bolchevismo, van contra el liberalismo, que no es una mera doctrina, sino un destino del europeo actual, algo consustancial con él, una cosa que él es quiéralo o no, con fatalidad ineluctable. El ideal contemporáneo del Estado omnímodo y absoluto es la forma por excelencia de la

————— 197 —————

acción directa y supone el más temible mal, capaz de secar de raíz la espontaneidad europea, y con ella todas las virtualidades de la civilización.

En el extenso capítulo titulado «¿Quién manda en el mundo?» se desmenuza la situación presente de Europa, y después de sentar que los viejos programas no incitan al europeo de ahora y que esta carencia de un alto objetivo es causa de su desmoralización y, paralelamente, de que el mundo no sienta ya su influencia de inspiración y mando espiritual, se dibuja el proyecto de acción a que deberá aplicarse, el que la misma coyuntura histórica insinúa, la unificación europea.

Hay tanta substancia en este libro de Ortega y Gasset, que cualquier fragmento da ocasión al comentario, al asentimiento a la discusión. Las reflexiones que siguen intentan apenas formular algunas interrogaciones de lector y confrontar ciertos puntos de vista con los que se exponen o se sobreentienden en *La Rebelión de las Masas*.

En la descripción del fenómeno de la sublevación de las masas, que es el punto de partida para toda la investigación, se advierte bien el doble aspecto del hecho: las masas llegan en nuestra época al pleno poderío social en cuanto goce y en cuanto mando. Dos cosas diversas, aun cuando íntimamente confundidas hasta ahora. Hasta hoy, mando y goce -o mando y posibilidad de goce- han ido casi siempre juntos, y por aquí creo que ha de buscarse la causa de la decadencia y desprestigio final de toda aristocracia o, más ampliamente, de toda minoría directora. La función directriz, que ya de por sí comporta un goce, se la han cobrado

————— 198 —————

las minorías selectas a buen precio, y el hombre común ha visto por este motivo en el selecto a un privilegiado.

Se puede argüir en contra que los verdaderamente selectos, las minorías realmente directoras, no coinciden con las clases dueñas de los bienes del mundo. Ahí está, sin embargo, la descripción del hecho original, previa a cualquier posterior dilucidación. La masa se instala «en los lugares mejores, creación relativamente refinada de la cultura humana, reservados

antes a grupos menores, en definitiva, a minorías». «La muchedumbre, de pronto, se ha hecho visible, se ha instalado en los lugares preferentes de la sociedad». El fenómeno de la aglomeración, del lleno, lo halla Ortega en los hoteles, los teatros, las playas... Sin duda, el hombre-masa, tal como lo define, se encuentra en todos los escalones de la jerarquía social, en las clases altas como en las bajas y medias, en las llamadas profesiones liberales, entre los hombres de ciencia. Pero en el fenómeno de la aglomeración, del lleno, del cual se parte, el hombre-masa de las clases y profesiones superiores no sé qué papel desempeña. Y los sitios de privilegio los ocupaban las minorías en cuanto grupos de clase y no en cuanto minorías de selectos, de acuerdo con la definición que para éstos se da en el libro. El mando efectivo -material y espiritual- lo habrán desempeñado los auténticamente selectos, pero las minorías que antes se reservaban la suma mayor de goce, de bienes sociales, eran otra cosa. Comprendían a las minorías selectas en el sentido de Ortega, pero comprendían además a otros grupos que ejercían formas más inmediatas e intrascendentes de mando. Este conglomerado me parece que es el que arrolla la invasión de las masas. Si en las minorías indagamos por un lado su consagración a

————— 199 —————

las funciones de inspiración ideal y de mando efectivo, es decir, su consagración a su función social específica, y por otro averiguamos qué cantidad de bienes o de goces se han reservado al amparo de su situación excepcional, qué intereses de clase o de casta han desarrollado, el primer aspecto aparece tan exiguo en relación al segundo, que parece apenas el pretexto o, mejor, el medio para conseguir aquellos fines de ventaja y de goce.

Como de ordinario sucede, una vieja e inveterada situación de hecho se convirtió en un estado de derecho. El ejercicio del poder -espiritual y material- acarrea de inmediato o a la larga la posibilidad de disponer de los bienes sociales en cantidad prácticamente ilimitada, y como herencia de tal situación de hecho nació la costumbre de atribuir a mayor altitud de la función directiva mayor cantidad de goce posible. A mayor dignidad en el mando o en la función, mayor retribución. En general, toda nuestra civilización occidental padece de la oculta llaga de este dualismo función-retribución, que la arrastra por senderos extraviados y peligrosos -para no hablar melodramáticamente de caminos de perdición. Ahora reparemos solamente en un aspecto de este dualismo, en el paralelismo y correspondencia entre la altura y la dignidad de la función y la magnitud de la retribución, sedimento o residuo de una inmemorial situación de hecho.

El hombre común probablemente no reacciona violenta e irrespetuosamente contra el hombre de minoría en cuanto ejemplar humano selecto, sino en cuanto privilegiado. Irrumpe en el ámbito antes reservado a las minorías calificadas para disfrutar los goces que eran exclusivos de éstas, y si de paso asume el poder directamente, es porque estima -sin ir en ello muy descaminado-

que el poder asegura la tranquila posesión de los goces a quienes lo ejercen. De rechazo, desprecia un poco la especialización en las más elevadas tareas sociales, el ejercicio de las funciones supremas de la cultura, porque ve en ellas, no tanto un fin en sí, como el recurso para lograr otros fines de personal utilidad y logro.

En el desborde de las masas habría, pues, dos caras. Está el advenimiento del hombre común a la plenitud de goces y derechos, cosa vieja en América y cuya contemplación debe regocijarnos. Significa un aumento de la riqueza general, un reconocimiento de la dignidad humana, una progresiva nivelación de las jerarquías sociales tranquilizadora para el futuro. La ausencia de fuertes obstáculos tradicionales que dificulten el perfeccionamiento progresivo de esta nivelación, me parece el don mejor que hayan depositado sus hadas favorables en la canastilla de este continente.

Este hecho, viejo en América, es reciente en Europa; en sí no puede ser alarmante. Pero el hombre-masa, y esto es lo grave, quiere y se toma al mismo tiempo el goce y el mando, los bienes de la vida y el gobierno del mundo. Ya hemos visto que no es del hombre-masa toda la culpa. Si no distingue entre goce y mando, es porque las minorías a las cuales desaloja o con las que se confunde, tampoco los distinguían. No vamos a exigirle a él, un recién llegado, más finura de aprehensión y mayor voluntad de comprensión que a los pequeños grupos educados en las más delicadas técnicas del pensamiento y la acción. Aparte de que el disociar ideas es una aventura intelectual reservada para pocos elegidos.

Ortega ha visto óptimamente este hecho fundamental de nuestro

tiempo que es la llegada de oleadas de «hombres nuevos» a los primeros planos de la sociedad, de la historia. El acontecimiento, en sí y en sus consecuencias, es tan vasto y complicado que es lícito intentar, a la luz de las descripciones y de las explicaciones del filósofo español, una actitud propia ante él. Ortega preanuncia un poco la suya desde el título de su libro, indicando con ello el aspecto del fenómeno en que se ha detenido con preferencia. Creo que se puede adoptar un punto de vista distinto, y ver en la rebelión dos momentos diferentes: el de la invasión de las masas y el del fracaso de las minorías; fracaso que, como he dicho, me explico por la vigencia de la asociación mando-goce como cosas idénticas o correlativas. Es por lo menos discutible que las minorías hayan obrado hasta hoy en representación efectiva y como por delegación de las mayorías. Precisamente por esa ausencia de las mayorías de los lugares donde fuera visible como masa, como aglomeración, era posible una supuesta delegación que resultaba imaginaria. La sociedad es sin duda aristocrática en el sentido de que es estructura orgánica y jerárquica; pero jerarquía de funciones y nada más. La experiencia de si las masas delegarán o no las

funciones de más vasta trascendencia social en grupos especializados y conscientes de la seriedad y el alcance de tales funciones, está por hacerse y será doblemente impresionante, por capital y por nueva. Hoy mismo, cuando la presencia continua de las mayorías como tales, en todo el ancho recinto de la cultura de Occidente, llama al orden en cierto modo a los grupos minoritarios, sorprende la futilidad e irresponsabilidad de éstos, y no digamos su incompetencia. Alguna relación con todo lo dicho mantiene la crisis actual del liberalismo, que examina agudamente Ortega. El liberalismo,

————— 202 —————

admirable conquista política del hombre occidental, es ya algo constitutivo en él, pero más como ideal que como actualidad. Para ser realidad plena tendrá que ser realidad también en cada uno un sentido, una conciencia de lo social que aun no existe. Mientras se dé el dualismo de individuo y sociedad en la forma violenta, antagónica en que hoy aparece, el liberalismo puede ser el refugio de un individualismo que a veces se manifestará francamente anárquico y destructor. El liberalismo, para realizarse, exige, por ejemplo, una tarea de educación de las masas que violenta sus instintos y comporta la imposición de normas y disciplinas; violencia e imposición que, por muy atenuadas que las imaginemos, no son de índole estrictamente liberal. Así como a un perfecto individualismo sólo se llegará por el parcial sacrificio previo del individuo a la sociedad, así el liberalismo in fieri se convertirá en liberalismo actual mediante alternativas poco liberales. La vida es conflicto, antinomia, colisión. Individuo, sociedad y liberalismo, no-liberalismo, me parecen antinomias de la vida social presente, ineludibles y preñadas de porvenir. Los políticos -de la derecha, de la izquierda o del centro- pueden afirmar otra cosa, y hacen bien, porque sus afirmaciones no son comprobaciones teóricas, sino instrumentos de acción. Teóricamente, la escuela histórica tenía razón contra el Iluminismo del siglo XVIII; pero con las razones del Iluminismo se hizo la Revolución. Ortega ha anotado muy bien que la acción directa, típica según él del hombre-masa, es la predilecta hoy, no sólo de las masas en libertad, sino también del Estado. Pero ¿será posible hacer algo socialmente sin cierta dosis de acción directa? Y el liberalismo puro, absoluto, ¿no sería hoy el peor régimen de estancamiento y de privilegio? El liberalismo democrático,

————— 203 —————

realícese ahora o no, constituye una conquista definitiva que no se perderá porque sufra pasajeros eclipses. La tarea propia del tiempo me parece la de infundir en el individuo el sentimiento social suficiente para que desemboque en el liberalismo sin peligro. La invasión del hombre-masa exige de las minorías un esfuerzo desacostumbrado para ellas. Hasta hoy las minorías se han desempeñado como actores ante una sala vacía. Podían creer que todo lo hacían bien. Ahora

la sala rebosa de público. No desesperemos porque la platea silbe y el paraíso se entregue a ciertos inocuos ejercicios de puntería sobre el escenario. Ni porque el espectador invada la escena, convencido de representar mejor que los actores. Acostumbrados a decir su papel ante una sala desierta, éstos lo hacían unas veces bien y otras mal, pero siempre de espaldas a la sala y para su propio gusto y provecho. Las minorías, que tienen a su cargo proponer programas y fines a la mayoría, tienen que comenzar por reformarse ellas mismas ante este hecho nuevo que es la presencia desconfiada y constante de la muchedumbre.

En ninguno de sus libros se aproxima Ortega tanto como en éste a la realidad cotidiana, al hecho vivo y concreto. En ninguno es su prosa tan vivaz y directa. Por momentos cobra su expresión un tono de violencia exasperada que no le conocíamos, sin perjuicio de las virtudes de perfecto escritor que le distinguen. El comentarista, por poco que disienta, se ve obligado a afrontar desde luego alguno de los calificativos poco amables que arman en guerra el texto. El asunto, en verdad, era difícil

de tratar en la fría actitud de quien estudia remotos problemas o cuestiones que, tocándonos de cerca, no está en nuestra mano modificar. La realidad social parece invitarnos a influir en ella, y toda sociología se complica con algo de arte social, de política. Pongamos del lado de la política la acometividad con que reemplaza Ortega su acerado desdén de otras veces.

La mejor prueba de la profundidad filosófica es la problematicidad. Libro rebosante de problemas es éste; su lectura despierta un enjambre de ecos que se alargan al margen de los temas tratados. Uno de ellos me suscita una última observación -que es otra interrogación. La crisis de la cultura actual es en parte una crisis de valores. A los viejos valores de cultura le han salido temibles enemigos en los llamados valores vitales. Ni podemos renunciar a aquéllos, ni desconocer la legitimidad de éstos, su triunfante empuje. Una nueva articulación de estas dos estirpes de valores urge, sin que imaginemos cómo podrá realizarse. Por ser tal crisis de valores contemporánea de la aparición victoriosa del hombre-masa, hay motivo para sospechar alguna correlación entre los dos fenómenos.

La palabra «sociología» se rodeaba hasta hace pocos años entre nosotros de un halo de desconfianza. Con el pretexto, sólo hasta cierto punto plausible, de que la sociología ochocentista había sido incapaz de hacerse cargo de la realidad social en sus maneras más genuinas, nuestra cultura, aún preferentemente literaria, se creyó relevada de la obligación de integrarse con estos estudios. La presente es buena oportunidad para comenzar a corregir tal situación. Una serie ilustre de investigadores, avezados a la reflexión filosófica, ha dado nuevo prestigio a estas disciplinas. Entre ellos se sitúa dignamente Ortega con *La Rebelión*



de las Masas, libro excepcional dentro de las fronteras de nuestro idioma,  
y destinado como otros suyos a una vasta repercusión europea.

Sur [Publicaciones periódicas]. Otoño 1931, Año I, Buenos Aires

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la  
[Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite  
el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

